

SIMONE DE BEAUVOIR

EL EXISTENCIALISMO  
Y  
LA SABIDURÍA  
DE LOS PUEBLOS

Presentación de Michel Kail

Traducción de Horacio Pons

Consulte nuestra página web: [www.edhasa.com](http://www.edhasa.com)  
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *L'existentialisme et la Sagesse des Nations*

Diseño de la cubierta: Jordi Sàbat

Primera edición: abril de 2009

© Editions Gallimard, 2008

© de la traducción: Horacio Oscar Pons, 2009

© de la presente edición: Edhasa, 2009

Avda. Diagonal, 519-521

08029 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

E-mail: [info@edhasa.es](mailto:info@edhasa.es)

Avda. Córdoba 744, 2º piso C

C1054AAF Capital Federal

Tel. (11) 43 933 432

Argentina

E-mail: [info@edhasa.com.ar](mailto:info@edhasa.com.ar)

ISBN: 978-84-350-2723-6

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Impreso por Liberdúplex

Depósito legal: B-10.156-2009

Impreso en España

## ÍNDICE

<i>Una lección de lectura – Michel Kail</i> . . . . .	9
Prefacio . . . . .	21
I. El existencialismo y la sabiduría de los pueblos . . . . .	25
II. Idealismo moral y realismo político . .	59
III. Literatura y metafísica . . . . .	99
IV. Ojo por ojo . . . . .	117

## PREFACIO



En Francia, planteáis los problemas sin resolverlos —me decía un día un norteamericano—. Nosotros no los planteamos, los resolvemos.»

Mi interlocutor resumía así, en esa ocurrencia agresiva, los reproches que en todos los tiempos se hicieron al pensamiento especulativo: éste no ayuda a vivir, e incluso nos aparta de la vida. Y hay que vivir.

En nuestros días, cuando se ataca al existencialismo, no se suele preferir en su menoscabo otra doctrina definida; lo habitual es, antes bien, negar todo crédito a la filosofía en general.

Esa actitud está viciada de raíz y se basa en ideas preconcebidas que, al no ser ni axiomas *a priori* ni leyes experimentales, participan por tanto de la filosofía misma.



Por ejemplo, no es cierto que la masa de quienes desdeñan el existencialismo mire el mundo con ojos ingenuos: lo captan a través de esos lugares comunes que constituyen la Sabiduría de los Pueblos, incoherente y contradictoria; esa sabiduría es, con todo, una visión del mundo que conviene poner en tela de juicio. Y si se la somete a un examen serio, se entiende su incapacidad de satisfacer a un espíritu honesto: sólo la pereza explica que tanta gente se adhiera a ella.

Del mismo modo, no se puede censurar la estética existencialista en nombre de principios absolutos, que no los hay, pues la literatura es lo que el hombre hace que sea. De hecho, se le opone otra estética, por lo general un vago naturalismo que carece de garantía incondicional. Uno de los ámbitos donde se recusa con más vigor la intrusión de la filosofía es el dominio político: el realismo político no debe, se dice, molestarse con consideraciones abstractas. Pero si se observa con más detenimiento, no tarda en advertirse que los problemas políticos y morales están indisolublemente ligados: se trata, en todo caso, de hacer la historia humana, de hacer al hombre, y puesto que debe hacerse, el hombre está en



cuestión, y esa cuestión es el origen, a la vez, de la acción y de su verdad.

Detrás de la política más limitada, más obstinada, siempre se oculta una ética. Eso es lo que se descubre con toda evidencia cuando se considera el caso concreto.

El problema del castigo que perturbó a tantas conciencias al día siguiente de la Liberación no podría resolverse ni en un plano puramente político ni de acuerdo con las normas de una moral abstracta, escogiendo la caridad y no la justicia o el rigor y no la clemencia, y definiendo cada uno con respecto a los demás hombres, una actitud global que es precisamente la actitud metafísica: todos se ponen totalmente en cuestión frente al mundo entero. El hombre no puede escapar a la filosofía porque no puede escapar a su libertad: ésta implica el rechazo de lo dado y supone la interrogación. Eso es lo que estos artículos se esfuerzan por mostrar. No se proponen definir una vez más el existencialismo, sino defenderlo contra el reproche de frivolidad y gratuidad que, de una manera frívola y gratuita, se dirige de buena gana desde Sócrates contra todo pensamiento organizado. En verdad, no hay divorcio entre filosofía y vida.



Toda iniciativa viva es una elección filosófica, y la ambición de una filosofía digna de ese nombre es ser un modo de vida que tenga en sí mismo su justificación.

SIMONE DE BEAUVOIR

## I. EL EXISTENCIALISMO Y LA SABIDURÍA DE LOS PUEBLOS



Poca gente conoce esta filosofía que, más o menos al azar, ha sido bautizada «existencialismo»; muchos la atacan. Entre otras cosas, se le reprocha proponer al hombre una imagen de sí mismo y de su condición apta para hundirlo en la desesperación. El existencialismo —justificado o no, mantendremos este nombre para simplificar las cosas— desconocería la grandeza del hombre y preferiría describir únicamente su miseria; incluso se lo acusa, según un neologismo reciente, de «miserabilismo»; es, dicen, una doctrina que niega la amistad, la fraternidad y todas las formas del amor; encierra al individuo en una soledad egoísta; lo aparta del mundo real y lo conde-



na a permanecer parapetado en su pura subjetividad, pues niega toda justificación objetiva a las empresas humanas, a los valores postulados por el hombre, a los fines que éste persigue. ¿Se ajusta verdaderamente el existencialismo a esta imagen? Los críticos no profundizan en este interrogante y sus lectores aceptan, dócilmente, su interpretación; nada hay en esto que nos asombre. Es más sorprendente que esa imagen, verdadera o falsa, suscite tanto escándalo. En todos los tiempos hubo escuelas y autores poco inclinados a mostrar ternura por el hombre: a menudo se los recibió de manera favorable. ¿A qué se deben las resistencias muy particulares con que tropezamos en este caso?

Podría creerse que a los hombres siempre les repele contemplar sus debilidades, y que piden a las bellas artes que les presenten un retrato retocado y embellecido de sí mismos. Es cierto que les gustan las canciones sentimentales, los filmes heroicos, las novelas generosas, los discursos edificantes que atribuyen a sus sentimientos, sus actos y su vida, esa emocionante plenitud que también afirman en los cementerios los epitafios y los bustos funerarios. Sobre todo cuando siente amenazados sus privilegios, frente a la horda de mal pen-



santes (anarquistas, revolucionarios, criminales, gamberros), la gente honesta experimenta la necesidad de tenderse una mano para encaramarse sobre un pedestal. Para granjearse con engaños el respeto de esos recién llegados que son los niños de ojos ingenuos, la cofradía de los adultos también se esfuerza, por medio de textos y anécdotas escogidas, por levantar frente a ellos la intimidante figura del hombre tal cual éste se sueña: paciente y modesto como Pasteur, ardiente y desinteresado como Bernard Palissy, heroico como Bara, el tamborcillo. Las ceremonias conmemorativas, los artículos presentados en la primera plana de los diarios, los libros de ciertos autores especializados, están particularmente destinados a alimentar esa fe laica. Y así como el megalómano presa de su delirio se enfurece si se le dice en la cara: «Usted no es Napoleón», el hombre que se ha instalado en el plano de las verdades oficiales se indigna ante la más mínima sospecha de cobardía, egoísmo o debilidad. Al hacer ver al presidente de un tribunal que la mujer de un preso, sola y pobre, estaba expuesta a muchas tentaciones, un abogado recibió esta respuesta, pronunciada con noble arrebató: «¡Usted insul-



ta a todas las mujeres de Francia!». Sin embargo, el alienista sabe que si pregunta con aire indiferente al presunto Napoleón: «¿Cómo se gana usted la vida?», éste responderá con simpleza: «Soy oficial peluquero». Así, en la intimidad de su sala, el presidente del tribunal habría reído de buena gana si un ingenuo hubiera insinuado delante de él que todas las mujeres de presos son Lucrecias. Cuando ya no se cree obligada a cargar con el peso de un testimonio público y se entrega a sus convicciones privadas, la gente confiesa sin empacho sus debilidades. Si se le propone con un tono de bonhomía cómplice la imagen más degradada de sí misma, la acepta tranquilamente. Tras exaltarse con la lectura de *Cyrano de Bergerac* o con las canciones de Déroulède, saborea lo que llaman la verdad humana del *Voyage de M. Perichon* o de los cuentos de Maupassant. De sus conversaciones, de sus proverbios, de sus libros favoritos, de sus bromas, se desprende un cuadro tan negro del hombre que uno se pregunta qué miserabilismo puede todavía espantarlos.

El tema de la miseria del hombre no es nuevo. Los Padres de la Iglesia, Pascal, Bossuet, Massillon, los predicadores, los sacerdotes, toda una



tradición cristiana, se dedicaron durante siglos a infundir al hombre el sentimiento de su abyección. Es cierto que, para el creyente, el pecado original que corrompe la naturaleza humana puede redimirse con la ayuda de la gracia, pero entre las personas que repiten con él que el corazón del hombre está lleno de ponzoña, hay muchas que no creen en lo sobrenatural o que apenas se preocupan por ello. De todas maneras, niegan que en el plano natural haya inocencia alguna, virtud alguna: el hombre es, en su opinión, un ser bestial cuyos groseros apetitos lo arrastrarían a los peores excesos si el miedo al infierno y la sociedad no les pusiera freno. Es sabido, por ejemplo, que, a los ojos de la mayoría de los sacerdotes y devotos, una amistad decente entre un hombre y una mujer es absolutamente imposible; la pureza de una muchacha, la castidad de una mujer, les parecen demasiado frágiles para resistir una hora de conversación a solas con un varón indudablemente lúbrico. He conocido a una viuda, por lo general muy piadosa, que se hacía de la lujuria masculina una idea tan aterradora que aprobaba la existencia de una prostitución organizada: «Si no la hubiera, una mujer decente no podría caminar



por la calle», decía. Las precauciones con que los padres y los maestros cristianos rodean a los niños demuestran bastante a las claras su idea de que, en el fondo de esas jóvenes almas, mora una inclinación a todas las perversiones.

Sensualidad, lujuria: el pesimista cristiano destaca sobre todo la miseria carnal. Los moralistas laicos se muestran más dispuestos a acometer contra las conductas sociales. La Rochefoucauld, La Fontaine, Saint-Simon, Chamfort, Maupassant, han denunciado a cuál mejor su bajeza, su futilidad, su hipocresía: a su juicio, el corazón del hombre es un mecanismo grosero cuyo único resorte profundo es el interés. Lejos de indignarse contra una interpretación tan mezquina, los hombres se apresuraron a hacerla suya; no hay lugar común anclado con mayor solidez en los espíritus que éste: «El hombre busca siempre su interés». E incluso se ha fundado una moral sobre esta psicología sumaria: así, se ha inventado el utilitarismo, que permite conciliar la inquietud por el bien público con una concepción desencantada de la naturaleza humana. No hay ninguna censura, apenas un matiz de ironía en el proverbio: «La caridad bien entendida empieza por uno mismo». La



idea tiene incluso un carácter tranquilizador: permite atribuir una medida común a todos los actos humanos y les da una explicación clara y fácil. La gente se inquieta cuando una acción se presenta como desinteresada, y busca entonces con desconfianza sus razones ocultas. «Nada se hace por nada», afirman molestos; sospechan alguna maquinación traicionera de la que temen ser víctimas. «No entiendo», dicen escandalizados. Al contrario, cuando ven claramente cuál ha sido la ganancia palpable que un individuo ha obtenido, aunque sea como producto de una traición o una villanía, están muy dispuestos a excusarlo; no se indignan ante el egoísmo cínico y admiten la lucha por la vida: las únicas culpas que los sublevan son las que les parecen injustificadas, gratuitas. Se escandalizan frente a Weidmann, frente a Hitler: lo hacen, ante todo, porque los crímenes de esos hombres han sido inútiles; no han aportado nada a sus perpetradores (un Hitler triunfante habría suscitado, a buen seguro, mucho menos escándalo que el Hitler derrotado). Y eso se debe sobre todo a que esas empresas eran extravagantes; en ellas se desplegaba una suerte de generosidad en el mal, un lujo de crueldad que turba y asom-



bra la conciencia del hombre común. Ahora éste tampoco entiende, y es eso lo que reprocha tanto a los grandes criminales como a los héroes no reconocidos; de unos y otros dice: «Son locos». El vampiro que destripa a una mujer es un loco; Bernard Palissy habría sido considerado un loco de habérselo sorprendido quemando sus muebles antes de ingresar a la estatuaría oficial. Lo que comprende la opinión son todas las conductas cuyo móvil es el interés; frente a la codicia, la envidia, la calumnia, la perfidia, la mentira, basta con entender el objeto de todas estas bajezas para decir con indulgencia: «¡Es humano!». Con una excusa semejante se muestra a las claras que se renuncia a esperar del hombre ninguna generosidad, ninguna grandeza; y, en efecto, al ingenuo que confiara en un porvenir menos sórdido, se le respondería: «La naturaleza humana nunca cambiará». Es instructivo, entre otras cosas, recorrer las crónicas y las cartas de lectores de las revistas femeninas, donde señoras y señores, idealistas pero prevenidos, dispensan a sus jóvenes lectoras los tesoros de su experiencia. Les advierten que los hombres son todos triste cosa, que su marido no será la excepción, que habrá que ser indulgente



con sus debilidades, jugar con su vanidad, hacer concesiones a su tiranía pueril, no herir su orgullo, disimular, andar con rodeos; aconsejan contar con sus defectos y no intentar corregirlos; «saber atrapar a un hombre», que es la suprema sabiduría femenina, es tratarlo como un mecanismo cuyos engranajes se conocen bien, aceptar en su irremediable miseria todo, mientras se finge respetar en él una ilusoria libertad. En las revistas de humor, las canciones «rosas», las llamadas historias peregrinas, las caricaturas, las comedias, las novelas de las que dicen con admiración: «¡Qué cierto es! ¡Qué humano!», la gente acepta ser descrita como lujuriosa, egoísta, pusilánime, hipócrita, vanidosa. Y tal vez, si se apresura a reírse de un retrato semejante es por temor a verse obligada a llorar: el hecho es que se ríe. ¿Esa resignación no es, en realidad, una forma vergonzante de la desesperación?

En cuanto al amor, la amistad, la fraternidad humana, es fácil adivinar que una psicología del interés no podría concederles mucho lugar. Al igual que la grandeza del hombre, el amor se afirma en los discursos nupciales y los monumentos funerarios, los folletines novelescos, las óperas y



las películas; pero en el plano de las verdades cotidianas, apenas se le ve como una conmovedora ilusión de juventud o una locura culpable. Cuando se cuele en los marcos sociales, la respuesta es una sonrisa de indulgencia; en el caso contrario, se le niega toda realidad y se procura disipar su espejismo mediante un análisis lúcido. Se supone de buena gana, por ejemplo, que en una pareja de enamorados uno de los dos ha manipulado al otro por razones de dinero o de vanidad, y que el segundo se ha dejado seducir, arrastrar, entrampar, hechizar o engatusar por el primero, hábil para explotar sus debilidades o sus vicios. Cuando ninguna manipulación es concebible, se hablará de extravío sensual: en ninguna circunstancia se reconocerá en el amor el compromiso de una libertad, y sólo se verá en él la resultante de un juego de fuerzas mecánicas. La misma fatalidad mecánica lo condena, además, a no ser sino una llamada destinada a extinguirse. El tiempo embota la sensualidad: «La posesión mata el amor», y disipa las ilusiones: «Toda escoba nueva barre bien». El sentimiento no resiste ni a la vida cotidiana ni a la ausencia. «Ojos que no ven, corazón que no siente.» Fugaz, caprichosa, la pasión no tiene, por



lo tanto, verdadera existencia. Hay casos, empero, en que un hombre y una mujer se empeñan en amarse durante mucho tiempo con fidelidad. Para dilucidar este empecinamiento se encontrará, de nuevo, una explicación mecánica, y se dirá entonces que son víctimas de la rutina, de un hábito perezoso, lo cual se expresa designando su relación con una palabra espantosa: apanño. Sin duda se habla con mayor consideración de los afectos legítimos garantizados por los lazos del matrimonio, pero lo que se respeta es el matrimonio como institución, y en cuanto representa, precisamente, una especie de seguro contra el amor; cuando, al contrario, se lo considera como una relación individual, se torna irrisorio. Desde la Edad Media, el esposo y la esposa son los personajes tradicionalmente ridículos de las farsas, las operetas, los vodeviles, los cuentos y las comedias con que se entretiene al público. Se admite que no hay buen matrimonio, que el sentimiento más ardiente no podría resistir la prueba de la vida conyugal y que todas las mujeres son infieles o desabridas y todos los maridos, embusteros o engañados.

El amor podría ser despreciado si se prefirieran a él otros tipos de relaciones humanas. Pero,



de hecho, la opinión pública también cree muy poco en la amistad: no ve en ella más que una ilusión de juventud que la vida se encarga de disipar rápidamente. Cuando un hombre se casa o comienza su carrera laboral, se levantan entre él y sus antiguos camaradas distancias infranqueables: la desigualdad de condiciones separa tanto como la divergencia de intereses. Un hombre que ha hecho fortuna reencuentra con turbación a un amigo de la infancia caído en la miseria; un grupo de jóvenes entusiastas e intransigentes no sienten más que indiferencia unos por otros cuando llegan a una confortable madurez: estos temas han sido explotados centenares de veces. Si algunas amistades se perpetúan, es porque han logrado fundarse en un juego de intereses mutuos, pero se desvanecerían con rapidez si, de uno u otro lado, ese interés desapareciera. *Tempora si fuerint nubila, solus eris*,<sup>1</sup> dice el poeta latino a quien se ha traducido de mil maneras. La Fontaine sitúa en el imperio de Monomotapa la verdadera amistad; la princesa Mathilde decía: «¿Cuántos amigos vendrían aún a verme si yo viviera en un grane-

1 «Cuando vengán los reveses, te encontrarás solo.» (Las notas de la presente edición son de Sylvie Le Bon de Beauvoir.)



ro?». La llamada amistad sólida es un hábito apoyado en un robusto fondo de indiferencia; no excluye ni los celos ni la malevolencia, particularmente en las mujeres, cuyos afectos son caprichosos y pérfidos. Tales son, al menos, los lugares comunes corrientemente admitidos sobre este tema.

No será la amistad, en consecuencia, la que rompa la soledad en que el hombre está encerrado; para un individuo jamás es posible compartir las alegrías y las penas de otro, y ni siquiera comprenderlas: «Los seres son impenetrables, las conciencias son incommunicables»; en el amor, la amistad, en todos los afectos, cada uno es para el otro un misterioso extranjero. En su hogar, entre sus amigos, en su trabajo, el hombre nunca puede conocer sino una «soledad en común». Las traiciones del lenguaje, la cortesía, la decencia y la rutina impiden toda verdadera comunicación. Y, sobre todo, los hombres hacen muy pocos esfuerzos para establecer entre ellos un contacto real: están encerrados en sus preocupaciones, en sus inquietudes, no se interesan por lo que pasa en las esferas que les son ajenas. «Cuando un vizconde encuentra a otro vizconde, lo que cuenta



son historias de vizcondes», cantaba Chevalier. A cada uno le gusta contar sus propias historias, pero le aburre escuchar las de los demás; uno se resigna pronto al mayor de los infortunios si éste se abate sobre un vecino, y no sobre uno mismo; a veces, incluso se lo recibe con un placer malicioso: *Suave mari magno*,<sup>2</sup> mientras que la alegría de los otros irrita fácilmente. Los hombres son duros unos con otros, sea por egoísmo cínico, porque sus intereses son distintos: *Homo homini lupus*,<sup>3</sup> sea por falta de imaginación, por tener el corazón seco y vacío. Por eso la sabiduría consiste en contar solamente con uno mismo: «Si quieres ser bien servido, sírvete a ti mismo». Es preciso acomodarse en la vida para no necesitar a nadie ni pedir nunca nada, lo cual permite también no tener nada para dar. Un poco de bondad es oportuna: después de todo, no somos brutos; pero demasiada bondad se convierte en debilidad, tontería; un hombre demasiado bueno da un mal ejemplo,

2 «Grato es, en el vasto mar...», comienzo de un verso de Lucrecio. El sentido completo es: «Grato es cuando, en el vasto mar, los vientos levantan las olas, observar, desde tierra firme, los terribles peligros de otros».

3 «El hombre es el lobo del hombre.» Pensamiento de Plauto, retomado por Hobbes.



se gana las censuras de todos, es casi un malhechor. Así, Van Gogh, encargado de distribuir en el Borinage las asistencias oficiales, recibió una reprimenda de sus superiores y fue relevado de sus funciones porque vivía en un pie de igualdad con sus asistidos y compartía sus recursos con ellos. Lo conveniente es mezclarse lo menos posible con los asuntos de los otros, evitar comentarios y ser discreto a fin de ahorrarse responsabilidades inútiles. No dé demasiados consejos: podrían reprochárselo. No sea demasiado servicial: no despertará ninguna gratitud, y tal vez hasta se irriten con usted. Tal es la manera habitual como la gente considera sus relaciones con el prójimo.

Sobre la base de una concepción semejante del hombre y las relaciones humanas, uno no puede formarse una idea muy exaltante de la vida. Los hombres no esperaron el «mito de Sísifo» para pensar que la vida era, como dice Shakespeare, «un cuento contado por un idiota» o, en otras palabras, una aventura absurda. Y, en efecto, si la psicología del interés es veraz, toda existencia es un fracaso radical, pues la única meta del hombre es asegurarse su propia dicha, y ésta es imposible. «El amor no es más que ficción, la felicidad sólo



es una ilusión»: esta vieja cantinela se canta con mil melodías diferentes y palabras casi idénticas. La felicidad es como una mariposa cuyos brillantes colores se enturbian cuando la tocamos; nunca hay que entrar en las tierras prometidas; no hay otro paraíso que el paraíso perdido; la realidad siempre es menos que los sueños, nada más decepcionante que conseguir lo que se desea; todo pasa, todo se rompe, todo cansa. O, en términos más definitivos: «La felicidad no es de este mundo». La idea también se expresa con fórmulas de un matiz más severo: «No hemos nacido para divertirnos», «la vida no es una novela». Por consiguiente, es menester pedir lo menos posible a la vida, para no decepcionarse; hay que saber que en este mundo nunca hacemos lo que queremos, y somos el juguete de circunstancias que casi siempre nos son adversas. La sabiduría consiste en dar el menor pábulo posible a la desdicha, y esto conduce a una moral de la mediocridad. «Para vivir felices, vivamos ocultos.» No nos hagamos notar, no procuremos abarcar demasiado: «Quien mucho abarca, poco aprieta». Conformémonos con una honesta mediocridad: ni demasiado, ni demasiado poco; cultivemos tranquilamente nuestro jardín. Toda



ambición es peligrosa, y lo es incluso la ambición moral: no busquemos ser héroes ni santos, sino únicamente lo que se llama un hombre decente; la virtud está en el justo medio, quien quiere ser ángel acaba en bestia. Por otra parte, es vano anhelar un destino excepcional; sólo un espejismo hace que algunas vidas parezcan más envidiables que otras: en el fondo, todas son iguales. Aun el sabio, el artista o el poeta de quienes se habla con tanta reverencia en las entregas de premios y los deberes del bachillerato no son más que pobres hombres, sometidos a las debilidades humanas; han sido engañados por su mujer, han padecido enfermedades y problemas de dinero. «No hay gran hombre para su ayuda de cámara.» El poeta persa Firdusi fue sabio cuando resumió en un solo verso el extenso poema en el cual intentaba, desde hacía veinte años, encerrar la historia de la humanidad: «Los hombres han nacido, han sufrido, han muerto». En el fondo de viejos platos de loza se descifran jeroglíficos en los que se expresa la misma filosofía. «Entramos, gritamos y vivimos; gritamos, salimos y morimos.» Como todo hombre muere, como todo termina por terminar, nada de lo que sucede tiene demasiada impor-



tancia; nos equivocariíamos tanto si esperáramos como si desesperáramos.

Y, en efecto, no es el existencialismo el que ha revelado a los hombres que algún día habrían de morir; los hombres siempre lo supieron, y ni siquiera los más superficiales lo olvidan; crean o no en una vida después de la muerte, ésta, en todo caso, tiende su sombra sobre su existencia terrenal. Puesto que hay que morir, ¿por qué hemos nacido? ¿Qué hacemos en este mundo? ¿De qué sirve vivir y sufrir? Los viejos cansados y las amas de casa agotadas por los quehaceres excesivos desarrollan *in extenso* esos interrogantes amargos o angustiados que, en las canciones de Damia o Yvonne Georges, cobran un acento patético. Pero muchos también encuentran una especie de paz en esa insignificancia que la muerte confiere a la vida. Habida cuenta de que morimos, nada tiene demasiada importancia, la resignación resulta legítima, toda empresa asume un carácter provisorio, relativo, y es una locura obstinarse con tanta pasión. Hay que tomar el lado bueno de las cosas. «No mortificarse.» Si existieran apuestas absolutas, este oportunismo sería imposible: no podría encontrarse el lado bueno de un fracaso o



aceptarse con buen humor una derrota. Pero la muerte, a la vez que da a la vida un sabor polvo y ceniza, la hace leve y fácilmente soportable, porque la priva de todo valor objetivo. Aparece como una coartada cómoda que permite a los hombres aislarse en su subjetividad, que los dispensa de no querer nada con pasión y autoriza todas las resignaciones. Encerrado en el estrecho círculo de sus intereses, enclaustrado en una vida limitada por la muerte y a la cual ésta despoja de todo sentido: así se pinta de buena gana el hombre. ¿Cabe pensar en un pesimismo más negro? ¿Qué doctrina abre menos puertas a la esperanza? ¿Cómo es posible que gente que se forja una idea semejante de su condición reproche al existencialismo su falta de optimismo?

«Todo buen razonamiento ofende», dijo profundamente Stendhal. Frente a una opinión tajante, una verdad definitiva, la gente se atemoriza. Fulano es vanidoso, egoísta, pérfido y codicioso; se le recitarán con complacencia sus defectos, pero si usted llega a esta conclusión: «Es un mal hombre», su interlocutor protestará: «No dije eso», y acaso agregará: «Pese a todo, en el fondo es bueno». De tal modo, el hombre acepta retratarse con



pequeñas pinceladas crueles, pero si se lo fuerza a dar un paso atrás para tener perspectiva y contemplar su retrato de cuerpo entero, eludirá la responsabilidad, no querrá resumir ni concluir. Esa actitud se debe en parte, sin duda, a que presiente que la realidad desborda todas las descripciones posibles; es abusivo, por lo tanto, trazar una línea, llegar a un total y terminar con las cuentas. Pero, sobre todo, al hombre le repele tomar partido: Dios sabe a qué consecuencias podría llegar a arrastrarlo una lógica demasiado rigurosa; le gusta oírse hablar, sentirse pensar y afirmar con ello la superioridad del ser humano sobre el animal, pero con la condición de que sus pensamientos no lo comprometan, de que se mantengan en una penumbra propicia. Los hombres no creen del todo en lo que dicen, y eso les permite saltar imperturbables de un plano de verdad a otro; de hecho, jamás se sitúan realmente en ninguno. La imagen del hombre generoso y heroico que se dibuja en las tribunas públicas, y la del hombre bestial e interesado que se forja a través de las amarguras cotidianas, son absolutamente irreconciliables; por eso nunca se intenta hacer con ellas una síntesis. Según las ocasiones, se evoca una u



otra, pero no se cree ni en la verdad de las oraciones fúnebres y las películas de propaganda ni en la de los proverbios y lugares comunes desencantados que se pronuncian en un tono sentencioso. Las conductas corrientes de las personas muestran con claridad que no les resulta natural ni consagrarse sin reservas ni escatimarse sin generosidad alguna. La Rochefoucauld cultivaba la amistad, Swift acariciaba a Stella, el escéptico desengañado tiene hijos contra sus intereses, contra su sabiduría egoísta, contra la muerte. Si se les reprocharan esas contradicciones, responderían sin duda que la excepción confirma la regla y cada uno de ellos se tomaría por una excepción. Pero la gente se escandaliza, sobre todo, cuando se le exige una perfecta coherencia. Sabe bien que sus pensamientos no son gratuitos ni completamente sinceros, y que no apuntan a lo universal; son pensamientos de circunstancia gobernados por fines prácticos; si pretendemos tomarlos al pie de la letra, la gente se irrita. Una madre cuenta a su hijo que el amor es un embuste para evitar que se empecine en concertar un matrimonio estúpido; sin embargo, está convencida de haberse casado con su marido por amor. Para defender sus



intereses, un anciano envía alegremente a los jóvenes a hacerse matar, y declara que no hay destino más hermoso que el de morir por la patria; por su parte, lo que quiere es salvar el pellejo. Idealismo y escepticismo no son más que armas que los hombres utilizan de acuerdo con sus necesidades; pero la reacción que muestran hoy frente a una situación singular no podría atar su futuro. Una de las circunstancias que les permite adaptarse al pesimismo tan sombrío que hemos descrito es que no se adhieren resueltamente a él. Y el primer reproche que formulan al existencialismo es el de ser un sistema coherente y organizado, una actitud filosófica que reclama su adopción integral. Temen que, si hacen suya una visión del mundo definida con demasiada precisión, se cargarán con responsabilidades excesivamente pesadas.

Pues de nada recelan más los hombres que de las responsabilidades; no les gusta correr riesgos y tienen tanto temor de comprometer su libertad que prefieren renegar de ella. Ésa es la razón más profunda de su repugnancia con respecto a una doctrina que pone dicha libertad en primer plano. Si se toman en consideración las críticas dirigidas contra el existencialismo, no podrá dejar



de llamar la atención una contradicción flagrante: quienes lo tachan de subjetivismo son los mismos que se deleitan con Montaigne, La Rochefoucauld, Maupassant; son los partidarios decididos de una pura psicología de la inmanencia en que los proyectos y los sentimientos del individuo parecen encauzarse todos hacia él mismo. Los existencialistas, al contrario, afirman que el hombre es trascendencia; su vida es compromiso en el mundo, movimiento hacia el Otro, superación del presente en pos de un porvenir que ni siquiera la muerte limita. ¿Cómo puede tenerse la osadía de acusarlos de atribuir demasiada importancia a la subjetividad? Es que, de hecho, en la moral del interés el sujeto jamás aparece: el yo del que se nos habla es un objeto del mundo; si uno puede amar su yo, tomarlo como polo de sus conductas, es porque ese yo existe a la manera de una cosa; se supone que hay en él instintos que es preciso saciar, vacíos que es preciso colmar. Por su mera existencia, mi yo me impone fines objetivos en los que mi libertad queda sepultada; es menester que yo satisfaga sus necesidades, que le procure el placer que desea, que lo defienda contra el sufrimiento; mis energías, entonces, se canalizan, y su destino



está determinado aun antes de que aparezcan; no se trata de preguntarme cómo dirigir las. En el existencialismo, al contrario, el yo no es; yo existo como sujeto auténtico, en un surgimiento incessantemente renovado que se opone a la realidad fija de las cosas; me arrojó sin ayuda, sin guía, a un mundo donde no me he instalado de antemano para esperarme: soy libre, mis proyectos no se definen en virtud de intereses preexistentes; postulan por sí mismos sus propios fines. En la filosofía de la immanencia, el punto de consumación de mis actos está dado; si desde allí me remonto a su punto de partida, se me presenta como si estuviera definido, y es, de algún modo, una proyección del yo objeto en el plano de la interioridad. En la filosofía de la trascendencia, el sujeto sólo existe como punto de partida, no puedo enmascarar su presencia, no puedo disimularme que todos mis actos tienen su origen en mi subjetividad. A decir verdad, cuando se recrimina al existencialismo su subjetividad, lo que se le reprocha es el hecho de asimilar subjetividad y libertad.

La definición del hombre como libertad siempre pareció ser característica de los filósofos optimistas. Por eso es falso tomar al existencialismo



por una doctrina desesperada; está muy lejos de serlo. El existencialismo no condena al hombre a una miseria irremediable; si el hombre no es naturalmente bueno, tampoco es naturalmente malo. En principio, no es nada; le toca ser bueno o malo según asuma su libertad o reniegue de ella; bien y mal sólo aparecen más allá de la naturaleza, más allá de todo lo dado. Ésa es la razón por la cual es posible describir la realidad con toda imparcialidad; nunca hay motivos para afligirse por ella, que no es ni triste ni alegre. Los hechos son hechos y nada más, lo importante es la manera como el hombre supera su situación. Así, la separación de las conciencias es un hecho metafísico, pero el hombre puede superarla; puede, a través del mundo, unirse a otros hombres. Los existencialistas distan tanto de negar el amor, la amistad, la fraternidad, que, a su juicio, sólo en esas relaciones humanas puede cada individuo encontrar el fundamento y la consumación de su ser. Pero no consideran que esos sentimientos estén dados de antemano: hay que conquistarlos. La muerte es otro hecho por el que tampoco debemos lamentarnos o regocijarnos; no afecta con mentís alguno las empresas humanas, pues éstas toman su valor de



la libertad que se compromete en ellas; la libertad postula en forma absoluta los fines que postula, y ningún poder ajeno, ni siquiera el de la muerte, podría destruir lo que ella ha fundado. Para ser el único y soberano dueño de su destino, el hombre debe tan sólo querer serlo: eso es lo que afirma el existencialismo, y sin duda hay optimismo en esta postura. En realidad, es ese optimismo lo que inquieta; si ciertas descripciones imparciales del mundo y el hombre despiertan indignación, no es, como se pretende, porque sean «deprimientes»; los libros de Maupassant lo son mucho más; es porque el mal que ellas revelan incumbe a la libertad del hombre. Los «canallas» de *La náusea* se han elegido como tales; sólo dependería de ellos ser lúcidos y honestos y repudiar la mentira detrás de la cual se protegen, pero la idea de una responsabilidad semejante amedrenta al lector. Éste, en vez de esa moral exigente, prefiere un pesimismo que, aunque no deja esperanza al hombre, tampoco le demanda nada.

Si la moral del interés y la tristeza naturalista son acogidas de manera tan favorable es porque la desesperación que se expresa en ellas tiene un carácter blando y cómodo, supone un determi-



nismo que alivia al hombre de la carga de su libertad. El hombre es un mecanismo cuyos resortes esenciales son el interés y la lujuria; sus sentimientos se reducen a un juego más o menos sutil de fuerzas: la sabiduría de los pueblos afirma bajo formas diversas este único postulado. Si el hombre no puede modificar su esencia, si no tiene influjo sobre su destino, no le queda más que aceptarse con indulgencia: esta actitud le ahorra las fatigas de la lucha. Al volver a ponerle su destino en las manos, el existencialismo no hace sino perturbar ese descanso.

A la gente le gusta pensar que la virtud es fácil; en las historias edificantes, los jóvenes mueren por su país con una sonrisa; con una sonrisa, padres y madres se afanan para alimentar a sus hijos; los hijos se sacrifican por sus padres ancianos con una sonrisa. La gente también se resigna, sin mucha pena, a creer imposible la virtud. Pero lo que le repele imaginar es que sea posible y difícil. Si proclamamos que la vida es una magnífica aventura, nos vemos liberados de toda inquietud: al comer, al dormir, somos semidioses; cada latido de nuestro corazón nos hace participar sin esfuerzo en la loca andanza humana. O bien confesamos que



ésta no es más que una comedia bufa; nada de lo que hacemos tiene ya importancia, y también podemos comer y dormir en paz. Pero si la partida no está ganada ni perdida de antemano, es preciso luchar y arriesgar, minuto a minuto, y esto es un incordio para nuestra pereza. En rigor, la gente acepta librar una o dos batallas, pero al menos debe poder descansar definitivamente en su victoria o su derrota. Este ingeniero construye un dique, aquella mujer trae niños al mundo: uno y otra querrían que el dique y los hijos fueran una justificación definitiva de su existencia; querrían que los fines que persiguen se afirmaran como absolutamente útiles. Si, al contrario, un hombre ha fracasado en sus empresas, se complace en repetir con el Eclesiastés: «Todo es vanidad». Pero sostener que soy yo quien, al escoger mis metas, fundo su valor, significa negarme cualquier coartada. Ningún éxito me salva: para que éste siga presentándoseme como un éxito, es menester que yo siga queriéndolo, y esa voluntad se manifiesta necesariamente a través de nuevos actos. Ningún fracaso, además, me dispensa de proseguir la lucha; no existe ningún punto de vista exterior a mí mismo desde el cual yo pueda despreciar mis



propias voluntades. Del mismo modo, un hombre a quien las circunstancias hayan elevado a la dignidad de héroe se complacerá en pensar que está marcado en la frente con una estrella, y que bebe, come y duerme como un héroe. El hecho de que, en lo sucesivo, tenga la certeza de comportarse de conformidad con su esencia heroica es una idea que le ahorra las angustias del verdadero heroísmo. Por su parte, el cobarde no está tan descontento de serlo; es así, no puede hacer nada y se instala en su cobardía con la tranquilidad de esos ayudas de cámara de comedia que se felicitaban por no tener honor que defender. Es mucho menos tranquilizador admitir que el coraje siempre puede conquistarse, sin que su posesión deba darse jamás por descontada.

Como se advertirá, si el existencialismo inquieta, no es porque desespere del hombre, sino porque reclama de éste una tensión constante. Sin embargo, podemos preguntarnos: ¿por qué una exigencia semejante? ¿Por qué obstinarse en desalojar a la gente de posiciones en las que se siente segura? Se trata, en efecto, de una pregunta que los críticos formularon a menudo: ¿qué se gana con ser existencialista?



La cuestión parecerá extraña a cualquier filósofo. Ni Kant ni Hegel se preguntaron jamás qué se ganaba con ser kantiano o hegeliano; decían lo que a su juicio era la verdad, y nada más; no tenían otra meta que la verdad misma. Pero tal vez sea el filósofo quien se engaña en este caso; quizá sea víctima de una deformación profesional. ¿Es bueno decir la verdad? Si es inútil o nociva, ¿no hay que enmascararla? Esa prudencia sólo tiene sentido si se contempla la verdad como exterior a la realidad; si es una luz que un cielo ajeno derrama sobre el mundo, cabe preguntarse si es o no oportuno dejarla disipar nuestras tinieblas. Pero esta concepción es radicalmente falsa: la verdad no es otra cosa que la realidad; podemos negarnos a aprehenderla a través de las palabras y las frases, es decir a expresarla en una forma sistemática, pero no podemos eludirla: el esfuerzo mismo que hagamos para escapar a ella es una de las maneras de manifestarla. Eso es lo que se desprende con claridad, por ejemplo, de los descubrimientos del psicoanálisis. Quizá parezca inútil y hasta nefasto revelar a un adolescente que odia a su padre; pero si él no ha confesado ese odio con palabras, no por ello ha dejado de afirmarlo en sus



sentimientos, sus conductas, sus sueños, sus angustias. El psicoanalista no decide descubrir gratuita y brutalmente una verdad ignorada: trata de ayudar a su paciente a modificar las conductas mediante las cuales reacciona a esa realidad. En lugar de emplear sus fuerzas para disimularse su odio, es preciso que el sujeto se libere de él, no negándolo, sino asumiéndolo y superándolo: lo cual exige, en primer lugar, que lo reconozca explícitamente y lo comprenda. El existencialismo no pretende tampoco develar al hombre la desventura oculta de su condición; sólo quiere ayudarlo a asumir esa condición que le es imposible ignorar. Por no mirar a la verdad de frente, el hombre se agota en la resistencia que le opone. Hemos visto que se sitúa de manera alternada en dos planos que no logra conciliar, y tampoco consigue mantenerse en ninguno de ellos. Desde la adolescencia, empieza a reírse de las imágenes demasiado bellas de los maestros de moral y los discursos elevados; se desengaña, lo cual quiere decir que estima haber sido engañado con anterioridad. Se zambulle entonces de buena gana en el cinismo; es pesimista con arrebatos, pero esto no le impide, sin embargo, tener iniciativas, amar, vivir; entre lo que



hace y lo que dice, lo que afirma en actos, lo que cree en palabras, hay siempre un abismo. Y ese abismo es una fuente de incertidumbre y malestar. La mayoría de los hombres se pasan la vida aplastados por el peso de trivialidades que los sofocan. Si sólo se decidieran a tomar clara conciencia de su situación en el mundo, encontrarían el acuerdo consigo mismos y con la realidad.

Hay algunos ámbitos en que los hombres de nuestros días hacen un esfuerzo decisivo en pos de la sinceridad. Nadie negará que, mediante esa actitud, han realizado importantes conquistas. Gracias al psicoanálisis, la hipocresía sexual se ha disipado en parte; al tomar como un hecho la existencia de ciertos instintos, el psicoanálisis niega todo sentido a las expresiones: la naturaleza humana es perversa, la naturaleza humana es inocente y buena; el hombre puede mirar dentro de sí sin timidez; nada de lo que encuentre es monstruoso, porque la moral sexual se construye más allá de las tendencias y los complejos que constituyen su temperamento particular; no hay ningún estado de equilibrio o de salud que sea moral por sí mismo; no hay ninguna singularidad que sea inmoral. En ese plano, se empieza a admitir que



la moral no es el privilegio de ningún hombre en especial, y que todos pueden conquistarla.

Tras la guerra de 1914-1918 se ha visto aparecer también una concepción del coraje muy distinta de la de siglos pasados. Sin duda siempre se citó con respeto la frase de Turenne: «Tiemblas, osamenta», pero antaño había que ser Turenne para permitírsela. El miedo parecía cosa de cobardes, todo militar era un héroe de carrera y un héroe se reía de las balas y los obuses. Ese tópico se exhibió en todo su brillo en 1914. Pero a continuación, las generaciones que en Francia, en Inglaterra y en Norteamérica alimentaban un odio profundo contra la guerra se atrevieron a tratar sin miramientos las virtudes bélicas; los combatientes de 1940 eran más lúcidos que entusiastas; al convertirse en soldados, seguían siendo hombres; si el coraje, en su opinión, tenía algún valor, era como virtud humana y no como virtud militar. Y eso es lo que hace tan conmovedores tantos testimonios ingleses, franceses, norteamericanos; esos jóvenes paracaidistas, esos aviadores, esos infantes, no aspiran a lo que antaño se llamaba heroísmo; nos dicen que el corazón les latía más rápido, que se les hacía un nudo en la garganta, que tenían miedo. Y con-



tra el miedo hicieron, con simpleza, lo que tenían que hacer. Sabían en cada oportunidad que la partida no estaba ganada, que al día siguiente volverían a tener miedo, que corrían el riesgo de rendirse a las urgencias del cuerpo y de tener que despreciarse por ello, pero también sabían que sólo a ellos correspondía superar sus angustias.

El valor de esos ejemplos radica en que no permiten a nadie declararse irremediablemente cobarde, y en que evitan al hombre la desilusión y el «achicamiento» que constituyen la contrapartida de las mentiras demasiado fáciles. Pero nos conmueven sobre todo porque vemos en ellos la plena asunción de la condición humana: y nos parece que, al asumirse, ésta se justifica. Ésa es precisamente la meta a la que apunta en general el existencialismo: evitar al hombre las decepciones y los enojos taciturnos que ocasiona el culto de los falsos ídolos. El existencialismo quiere convencerlo de ser auténticamente un hombre, y afirma el valor de ese logro. Una filosofía semejante puede rechazar audazmente los consuelos de la mentira y la resignación: deposita su confianza en los hombres.